

La empalizada

GONZALO SANTONJA



Con poco menos de mil habitantes para más de trescientos socios en la Asociación de La Empalizada, Montemayor de Pililla, pueblo valisoletano de Tierra de Pinares, históricamente cabeza de sexmo en la Comunidad de Villa y Tierra de Cuéllar, en la actualidad constituye uno de los exponentes máximos en cuanto se refiere al mantenimiento en pureza de los regocijos taurinos y su peculiar plaza de toros, cuadrada y de palos (de ahí el nombre de la Asociación), con festejos datados desde 1670, según revela uno de los legajos conservado en el archivo municipal, el cual acredita que ya entonces venían de lejos.

O sea, los montemayorcenses cuentan con un acervo cultural, heredado desde el fondo de las edades, que han sabido mantener al auto aplicarse aquel dicho de Cervantes de «digo, paciencia y barajar», cargados de aguante frente a las incomprensiones y barajando en común la labor de poner en pie cada año atalan-

cados y estructuras de madera sin rendirse a esas presiones uniformadoras de nuestro tiempo que tantos y tan hondos quebrantos han causado en el patrimonio festivo popular.

La sangría de la despoblación arrancó en los años cincuenta del pasado siglo, con tres planes desarrollistas que dejaron atrás la etapa de autarquía de la posguerra en beneficio de Cataluña y el País Vasco, desencadenando un desequilibrio cuyas consecuencias económicas, sociales y políticas han desembocado en esta 'España vacía' tan certeramente descrita por Sergio del Molino, una España vacía (por desgracia la nuestra) en muchos de cuyos lugares la vida registra más pasado que presente y donde el futuro se muestra -si es que se muestra- asaltado de incertidumbre. Por ese abismo se despeñaron, perdiéndose irreversiblemente, costumbres y tradiciones, al tiempo que poderosas corrientes globalizadoras anulaban usos ancestrales.

Adiós, pues, a la diversidad, fruto de los

siglos. Y así la corrida de toros reglamentada puso en sordina a los festejos populares, adaptados a las circunstancias y al medio, que se vieron suplantados por un modelo directamente abocado a la ruina al conllevar procedimientos administrativos costosos, tasas desmesuradas, reconocimientos carísimos y emolumentos profesionales absolutamente fuera de la realidad. ¿El resultado? Lo diré con versos de Lope de Vega: «Más quiero yo a Peribáñez/ con su capa la pardi-lla/ que al Comendador de Ocaña/ con la suya guarnecida». La capa guarnecida del modelo urbano y televisivo ha ido comiendo el terreno a las celebraciones capeadoras.

Ese ha sido, es y con seguridad seguirá siendo en los años venideros el mérito inmenso de Montemayor de Pililla a través de La Empalizada, el de que, manteniendo lo específicamente suyo, sostiene lo nuestro: una cultura inmemorial, plural y variopinta con su personalidad afirmada en las variantes, de mayor resonancia unas, como el Carnaval del Toro de Ciudad Rodrigo, y nobles en su humildad otras, cual ese festival de Valero que en la plenitud invernal señala el comienzo de la temporada en el campo charro. Palabras mayores: Montemayor en Montemayor y La Empalizada sin complejos.